

# **Poemas humanos**

**César Vallejo**



**Cruz**



# Poemas humanos

César Vallejo

## Altura y pelos

¿Quién no tiene su vestido azul?  
¿Quién no almuerza y no toma el tranvía,  
con su cigarrillo contratado y su dolor de bolsillo?  
¡Yo que tan sólo he nacido!  
¡Yo que tan sólo he nacido!

¿Quién no escribe una carta?  
¿Quién no habla de un asunto muy importante,  
muriendo de costumbre y llorando de oído?  
¡Yo que solamente he nacido!  
¡Yo que solamente he nacido!

¿Quién no se llama Carlos o cualquier otra cosa?  
¿Quién al gato no dice gato gato?  
¡Ay, yo que sólo he nacido solamente!  
¡Ay, yo que sólo he nacido solamente!

# Yuntas

Completamente. Además, ¡vida!  
Completamente. Además, ¡muerte!

Completamente. Además, ¡todo!  
Completamente. Además, ¡nada!

Completamente. Además, ¡mundo!  
Completamente. Además, ¡polvo!

Completamente. Además, ¡Dios!  
Completamente. Además, ¡nadie!

Completamente. Además, ¡nunca!  
Completamente. Además, ¡siempre!

Completamente. Además, ¡oro!  
Completamente. Además, ¡humo!

Completamente. Además, ¡lágrimas!  
Completamente. Además, ¡risas!...

¡Completamente!

## Un hombre está mirando a una mujer

Un hombre está mirando a una mujer,  
está mirándola inmediatamente,  
con su mal de tierra suntuosa  
y la mira a dos manos  
y la tumba a dos pechos  
y la mueve a dos hombres.

Pregúntome entonces, oprimiéndome  
la enorme, blanca, acérrima costilla:  
Y este hombre  
¿no tuvo a un niño por creciente padre?  
¿Y esta mujer a un niño  
por constructor de su evidente sexo?

Puesto que un niño veo ahora,  
niño ciempiés, apasionado, enérgico;  
veo que no le ven  
sonarse entre los dos, colear, vestirse;  
puesto que los acepto,  
a ella en condición aumentativa,  
a él en la flexión del heno rubio.

Y exclamo entonces, sin cesar ni uno  
de vivir, sin volver ni uno  
a temblar en la justa que venero:  
¡Felicidad seguida  
tardíamente del Padre,  
del Hijo y de la Madre!

¡Instante redondo,  
familiar, que ya nadie siente ni ama!  
¡De qué deslumbramiento áfono, tinto,  
se ejecuta el cantar de los cantares!  
¡De qué tronco, el florido carpintero!  
¡De qué perfecta axila, el frágil remo!  
¡De qué casco, ambos cascos delanteros!

## Primavera tuberosa

Esta vez, arrastrando briosa sus pobrezas  
al sesgo de mi pompa delantera,  
coteja su coturno con mi traspié sin taco,  
la primavera exacta de picotón de buitre.

La perdí en cuanto tela de mis despilfarros,  
juguela en cuanto pomo de mi aplauso;  
el termómetro puesto, puesto el fin, puesto el gusano,  
contusa mi doblez del otro día,  
aguardela al arrullo de un grillo fugitivo  
y despedía ñoso, somático, sufrido.

Veces latentes de astro,  
ocasiones de ser gallina negra,  
entabló la bandida primavera  
con mi chusma de aprietos,  
con mis apocamientos en camisa,  
mi derecho soviético y mi gorra.

Veces las del bocado lauríneo,  
con símbolos, tabaco, mundo y carne,  
deglusión translaticia bajo palio,  
al són de los testículos cantores;  
talentoso torrente el de mi suave suavidad,  
rebatible a pedradas, ganable con tan sólo suspirar...

Flora de estilo, plena,  
citada en fangos de honor por rosas auditivas...



Respingo, coz, patada sencilla,  
triquiñuela adorada... Cantan... Sudan...

## Terremoto

¿Hablando de la leña, callo el fuego?  
¿Barriendo el suelo, olvido el fósil?  
Razonando,  
¿mi trenza, mi corona de carne?  
(¡Contesta, amado Hermeregildo, el brusco;  
pregunta, Luis, el lento!)

¡Encima, abajo, con tamaña altura!  
¡Madera, tras el reino de las fibras!  
¡Isabel, con horizonte de entrada!  
¡Lejos, al lado, astutos Atanacios!

¡Todo, la parte!  
Unto a ciegas en luz mis calcetines,  
en riesgo, la gran paz de este peligro,  
y mis cometas, en la miel pensada,  
el cuerpo, en miel llorada.

¡Pregunta, Luis; responde, Hermenegildo!  
¡Abajo, arriba, al lado, lejos!  
¡Isabel, fuego, diplomas de los muertos!  
¡Horizonte, Atanacio, parte, todo!  
¡Miel de miel, llanto de frente!  
¡Reino de la madera,  
corte oblicuo a la línea del camello,  
fibra de mi corona de carne

## Sombrero, abrigo, guantes

Enfrente a la Comedia Francesa, está el Café  
de la Regencia; en él hay una pieza  
recóndita, con una butaca y una mesa.

Cuando entro, el polvo inmóvil se ha puesto ya de pie.  
Entre mis labios hechos de jebe, la pavesa  
de un cigarrillo humea, y en el humo se ve  
dos humos intensivos, el tórax del Café,  
y en el tórax, un óxido profundo de tristeza.

Importa que el otoño se injerte en los otoños,  
importa que el otoño se integre de retoños,  
la nube, de semestres; de pómulos, la arruga.

Importa oler a loco, postulando  
¡qué cálida es la nieve, qué fugaz la tortuga,  
el cómo qué sencillo, qué fulminante el cuándo!

## Hasta el día que vuelva

Hasta el día en que vuelva, de esta piedra  
nacerá mi talón definitivo,  
con su juego de crímenes, su yedra,  
su obstinación dramática, su olivo.

Hasta el día en que vuelva, prosiguiendo,  
con franca rectitud de cojo amargo,  
de pozo en pozo, mi periplo, entiendo  
que el hombre ha de ser bueno, sin embargo.

Hasta el día en que vuelva y hasta que ande  
el animal que soy, entre sus jueces,  
nuestro bravo meñique será grande,  
digno, infinito dedo entre los dedos.

## Salutación angélica

Eslavo con respecto a la palmera,  
alemán de perfil al sol, inglés sin fin,  
francés en cita con los caracoles,  
italiano ex profeso, escandinavo de aire,  
español de pura bestia, tal el cielo  
ensartado en la tierra por los vientos,  
tal el beso del límite en los hombros.

Mas sólo tú demuestras, descendiendo  
o subiendo del pecho, bolchevique,  
tus trazos confundibles,  
tu gesto marital,  
tu cara de padre,  
tus piernas de amado,  
tu cutis por teléfono,  
tu alma perpendicular  
a la mía,  
tus codos de justo  
y un pasaporte en blanco en tu sonrisa.

Obrando por el hombre, en nuestras pausas,  
matando, tú, a lo largo de tu muerte  
y a lo ancho de Un abrazo salubérrimo,  
vi que cuando comías después, tenías gusto,  
vi que en tus sustantivos creció yerba.

Yo quisiera, por eso,  
tu calor doctrinal, frío y en barras,

tu añadida manera de miramos  
y aquesos tuyos pasos metalúrgicos,  
aquesos tuyos pasos de otra vida.

Y digo, bolchevique, tomando esta flaqueza  
en su feroz linaje de exhalación terrestre:  
hijo natural del bien y del mal  
y viviendo tal vez por vanidad, para que digan,  
me dan tus simultáneas estaturas mucha pena,  
puesto que tú no ignoras en quién se me hace tarde diariamente,  
en quién estoy callado y medio tuerto.

## Epístola a los transeúntes

Reanudo mi día de conejo  
mi noche de elefante en descanso.

Y, entre mí, digo:  
ésta es mi inmensidad en bruto, a cántaros  
éste es mi grato peso, que me buscará abajo para pájaro  
éste es mi brazo  
que por su cuenta rehusó ser ala,  
éstas son mis sagradas escrituras,  
éstos mis alarmados campeñones.

Lúgubre isla me alumbrará continental,  
mientras el capitolio se apoye en mi íntimo derrumbe  
y la asamblea en lanzas clausure mi desfile.

Pero cuando yo muera  
de vida y no de tiempo,  
cuando lleguen a dos mis dos maletas,  
éste ha de ser mi estómago en que cupo mi lámpara en pedazos,  
ésta aquella cabeza que expió los tormentos del círculo en mis  
pasos,  
éstos esos gusanos que el corazón contó por unidades,  
éste ha de ser mi cuerpo solidario  
por el que vela el alma individual; éste ha de ser  
mi hombligo en que maté mis piojos natos,  
ésta mi cosa cosa, mi cosa tremebunda.

En tanto, convulsiva, ásperamente convalece mi freno,  
sufriendo como sufro del lenguaje directo del león;  
y, puesto que he existido entre dos potestades de ladrillo,  
convalesco yo mismo, sonriendo de mis labios.



## Los mineros salieron de la mina...

Los mineros salieron de la mina  
remontando sus ruinas venideras,  
fajaron su salud con estampidos  
y, elaborando su función mental  
cerraron con sus voces  
el socavón, en forma de síntoma profundo.

¡Era de ver sus polvos corrosivos!  
¡Era de oír sus óxidos de altura!  
Cuñas de boca, yunques de boca, aparatos de boca (¡Es formidable!)

El orden de sus túmulos,  
sus inducciones plásticas, sus respuestas corales,  
agolpáronse al pie de ígneos percances  
y airente amarillura conocieron los trístidos y tristes,  
imbuidos  
del metal que se acaba, del metaloide pálido y pequeño.

Craneados de labor,  
y calzados de cuero de vizcacha,  
calzados de senderos infinitos,  
y los ojos de físico llorar,  
creadores de la profundidad,  
saben, a cielo intermitente de escalera,  
bajar mirando para arriba,  
saben subir mirando para abajo.

¡Loor al antiguo juego de su naturaleza,  
a sus insomnes órganos, a su saliva rústica!  
¡Temple, filo y punta, a sus pestañas!  
¡Crezcan la yerba, el liquen y la rana en sus adverbios!  
¡Felpa de hierro a sus nupciales sábanas!  
¡Mujeres hasta abajo, sus mujeres!  
¡Mucha felicidad para los suyos!  
¡Son algo portentoso, los mineros  
remontando sus ruinas venideras,  
elaborando su función mental  
y abriendo con sus voces  
el socavón, en forma de síntoma profundo!  
¡Loor a su naturaleza amarillenta,  
a su linterna mágica,  
a sus cubos y rombos, a sus percances plásticos,  
a sus ojazos de seis nervios ópticos  
y a sus hijos que juegan en la iglesia  
y a sus tácitos padres infantiles!  
¡Salud, oh creadores de la profundidad...! (Es formidable.) .

## Fue domingo en las claras orejas de mi burro...

Fue domingo en las claras orejas de mi burro,  
de mi burro peruano en el Perú (Perdonen la tristeza)  
Mas hoy ya son las once en mi experiencia personal,  
experiencia de un solo ojo, clavado en pleno pecho,  
de una sola burrada, clavada en pleno pecho,  
de una sola hecatombe, clavada en pleno pecho.

Tal de mi tierra veo los cerros retrasados,  
ricos en burros, hijos de burros, padres hoy de vista,  
que tornan ya pintados de creencias,  
cerros horizontales de mis penas.

En su estatua, de espada,  
Voltaire cruza su capa y mira el zócalo,  
pero el sol me penetra y espanta de mis dientes incisivos  
un número crecido de cuerpos inorgánicos.

Y entonces sueño en una piedra  
verduzca, diecisiete,  
pañasco numeral que he olvidado,  
sonido de años en el rumor de aguja de mi brazo,  
lluvia y sol en Europa, y ¡cómo toso! ¡cómo vivo!  
¡cómo me duele el pelo al columbrar los siglos semanales!  
Y cómo, por recodo, mi ciclo microbiano,  
quiero decir mi trémulo, patriótico peinado.

## Telúrica y magnética

¡Mecánica sincera y peruanísima  
la del cerro colorado!

¡Suelo teórico y práctico!

¡Surcos inteligentes; ejemplo: el monolito y su cortejo!

¡Papales, cebadales, alfalfares, cosa buena!

¡Cultivos que integra una asombrosa jerarquía de útiles  
y que integran con viento los mujidos,  
las aguas con su sorda antigüedad!

¡Cuaternarios maíces, de opuestos natalicios,  
los oigo por los pies cómo se alejan,

los huelo retomar cuando la tierra  
tropieza con la técnica del cielo!

¡Molécula exabrupto! ¡Átomo terso!

¡Oh campos humanos!

¡Solar y nutricia ausencia de la mar,  
y sentimiento oceánico de todo!

¡Oh climas encontrados dentro del oro, listos!

¡Oh campo intelectual de cordillera,  
con religión, con campo, con patitos!

¡Paquidermos en prosa cuando pasan  
y en verso cuando páranse!

¡Roedores que miran con sentimiento judicial en torno!

¡Oh patrióticos asnos de mi vida!

¡Vicuña, descendiente  
nacional y graciosa de mi mono!

¡Oh luz que dista apenas un espejo de la sombra,  
que es vida con el punto y, con la línea, polvo  
y que por eso acato, subiendo por la idea a mi osamenta!

¡Siega en época del dilatado molle,  
del farol que colgaron de la sien  
y del que descolgaron de la barreta espléndida!  
¡Ángeles de corral,  
aves por un descuido de la cresta!  
¡Cuya o cuy para comerlos fritos  
con el bravo rocoto de los temples!  
(¿Cóndores? ¡Me friegan los cóndores!)  
¡Leños cristianos en gracia  
al tronco feliz y al tallo competente!  
¡Familia de los líquenes,  
especies en formación basáltica que yo  
respeto  
desde este modestísimo papel!  
¡Cuatro operaciones, os sustraigo  
para salvar al roble y hundirlo en buena ley!  
¡Cuestas in infraganti!  
¡Auquénidos llorosos, almas mías!  
¡Sierra de mi Perú, Perú del mundo,  
y Perú al pie del orbe; yo me adhiero!  
¡Estrellas matutinas si os aroma  
quemando hojas de coca en este cráneo,  
y cenitales, si destapo,  
de un solo sombrero, mis diez templos!  
¡Brazo de siembra, bájate, y a pie!  
¡Lluvia a base del mediodía,

bajo el techo de tejas donde muerde  
la infatigable altura  
y la tórtola corta en tres su trino!  
¡Rotación de tardes modernas  
y finas madrugadas arqueológicas!  
¡Indio después del hombre y antes de él!  
¡Lo entiendo todo en dos flautas  
y me doy a entender en una quena!  
¡Y lo demás, me las pelan!...

## Gleba

Con efecto mundial de vela que se enciende,  
el prepucio directo, hombres a golpes,  
funcionan los labriegos a tiro de neblina,  
con alabadas barbas,  
pie práctico y reginas sinceras de los valles.

Hablan como les vienen las palabras,  
cambian ideas bebiendo  
orden sacerdotal de una botella;  
cambian también ideas tras de un árbol, hablando  
de escrituras privadas, de la luna menguante  
y de los ríos públicos! (Inmenso! Inmenso! Inmenso!)

Función de fuerza  
sorda y de zarza ardiendo,  
paso de palo,  
gesto de palo,  
acápites de palo,  
la palabra colgando de otro palo.

De sus hombros arranca, carne a carne, la herramienta florecida,  
de sus rodillas bajan ellos mismos por etapas hasta el cielo,  
y, agitando  
y  
agitando sus faltas en forma de antiguas calaveras,  
levantan sus defectos capitales con cintas,  
su mansedumbre y sus  
vasos sanguíneos, tristes, de jueces colorados.

Tienen su cabeza, su tronco, sus extremidades,  
tienen su pantalón, sus dedos metacarpos y un palito;  
para comer vistiéronse de altura  
y se lavan la cara acariciándose con sólidas palomas.

Por cierto, aquestos hombres  
cumplen años en los peligros,  
echan toda la frente en sus saluciones;  
carecen de reloj, no se jactan jamás de respirar  
y, en fin, suelen decirse: Allá, las putas, Luis Taboada, los ingleses;  
allá ellos, allá ellos, allá ellos!



## Pero antes que se acabe...

Pero antes que se acabe  
toda esta dicha, piérdela atajándola,  
tómale la medida, por si rebasa tu ademán; rebásala,  
ve si cabe tendida en tu extensión.

Bien la sé por su llave,  
aunque no sepa, a veces, si esta dicha  
anda sola, apoyada en tu infortunio  
o tañida, por sólo darte gusto, en tus falanjas.  
Bien la sé única, sola,  
de una sabiduría solitaria.

En tu oreja el cartílago está hermoso  
y te escribo por eso, te medito:  
No olvides en tu sueño de pensar que eres feliz,  
que la dicha es un hecho profundo, cuando acaba,  
pero al llegar, asume  
un caótico aroma de asta muerta.

Silbando a tu muerte,  
sombbrero a la pedrada,  
blanco, ladeas a ganar tu batalla de escaleras,  
soldado del tallo, filósofo del grano, mecánico del sueño.  
(¿Me percibes, animal?  
¿me deajo comparar como tamaño?  
No respondes y callado me miras  
a través de la edad de tu palabra).

Ladeando así tu dicha, volverá  
a clamarla tu lengua, a despedirla,  
dicha tan desgraciada de durar.  
Antes, se acabará violentamente,  
dentada, pedemalina estampa,  
y entonces oirás cómo medito  
y entonces tocarás cómo tu sombra es ésta mía desvestida  
y entonces olerás cómo he sufrido.

## Piensen los viejos asnos

Ahora vestiríame  
de músico por verle,  
chocaría con su alma, sobándole el destino con mi mano,  
le dejaría tranquilo, ya que es un alma a pausas,  
en fin, le dejaría  
posiblemente muerto sobre su cuerpo muerto.

Podría hoy dilatarse en este frío,  
podría toser; le vi bostezar, duplicándose en mi oído  
su aciago movimiento muscular.  
Tal me refiero a un hombre, a su placa positiva  
y, ¿por qué no? a su boldo ejecutante,  
aquel horrible filamento lujoso;  
a su bastón con puño de plata con perrito,  
y a los niños  
que él dijo eran sus fúnebres cuñados.

Por eso vestiríame hoy de músico,  
chocaría con su alma que quedóse mirando a mi materia...

¡Mas ya nunca verele afeitándose al pie de su mañana;  
ya nunca, ya jamás, ya para qué!

¡Hay que ver! ¡qué cosa cosa!  
¡qué jamás de jamases su jamás!

## Hoy me gusta la vida mucho menos...

Hoy me gusta la vida mucho menos,  
pero siempre me gusta vivir: ya lo decía.  
Casi toqué la parte de mi todo y me contuve  
con un tiro en la lengua detrás de mi palabra.

Hoy me palpo el mentón en retirada  
y en estos momentáneos pantalones yo me digo:  
¡Tanta vida y jamás!  
¡Tantos años y siempre mis semanas!...  
Mis padres enterrados con su piedra  
y su triste estirón que no ha acabado;  
de cuerpo entero hermanos, mis hermanos,  
y, en fin, mi sér parado y en chaleco.

Me gusta la vida enormemente  
pero, desde luego,  
con mi muerte querida y mi café  
y viendo los castaños frondosos de París  
y diciendo:  
Es un ojo éste; una frente ésta, aquélla... Y repitiendo:  
¡Tanta vida y jamás me falla la tonada!  
¡Tantos años y siempre, siempre, siempre!

Dije chaleco, dije  
todo, parte, ansia, dice casi, por no llorar.  
Que es verdad que sufrí en aquel hospital que queda al lado  
y que está bien y está mal haber mirado  
de abajo para arriba mi organismo.

Me gustará vivir siempre, así fuese de barriga,  
porque, como iba diciendo y lo repito,  
¡tanta vida y jamás y jamás! ¡Y tantos años,  
y siempre, mucho siempre, siempre siempre!

## Confianza en el antejo, no en el ojo...

Confianza en el antejo, no en el ojo;  
en la escalera, nunca en el peldaño;  
en el ala, no en el ave  
y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo.

Confianza en la maldad, no en el malvado;  
en el vaso, más nunca en el licor;  
en el cadáver, no en el hombre  
y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo.

Confianza en muchos, pero ya no en uno;  
en el cauce, jamás en la corriente;  
en los calzones, no en las piernas  
y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo.

Confianza en la ventana, no en la puerta;  
en la madre, más no en los nueve meses;  
en el destino, no en el dado de oro,  
y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo.

## Dos niños anhelantes

No. No tienen tamaño sus tobillos; no es su espuela  
suavísima, que da en las dos mejillas.  
Es la vida no más, de bata y yugo.

No. No tiene plural su carcajada,  
ni por haber salido de un molusco perpetuo, aglutinante,  
ni por haber entrado al mar descalza,  
es la que piensa y marcha, es la finita.  
Es la vida no más; sólo la vida.

Lo sé, lo intuyo cartesiano, autómata,  
moribundo, cordial, en fin, espléndido.  
Nada hay  
sobre la ceja cruel del esqueleto;  
nada, entre lo que dio y tomó con guante  
la paloma, y con guante,  
la eminente lombriz aristotélica;  
nada delante ni detrás del yugo;  
nada de mar en el océano  
y nada  
en el orgullo grave de la célula.  
Sólo la vida; así: cosa bravísima.

Plenitud inextensa,  
alcance abstracto, venturoso, de hecho,  
glacial y arrebatado, de la llama;  
freno del fondo, rabo de la forma.  
Pero aquello

para lo cual nací ventilándome  
y crecí con afecto y drama propios,  
mi trabajo rehúsalo,  
mi sensación y mi arma lo involucran.  
Es la vida y no más, fundada, escénica.

Y por este rumbo,  
su serie de órganos extingue mi alma  
y por este indecible, endemoniado cielo,  
mi maquinaria da silbidos técnicos,  
paso la tarde en la mañana triste  
y me esfuerzo, palpito, tengo frío.



## Otro poco de calma, camarada...

Otro poco de calma, camarada;  
un mucho inmenso, septentrional, completo,  
feroz, de calma chica,  
al servicio menor de cada triunfo  
y en la audaz servidumbre del fracaso.

Embriaguez te sobra, y no hay  
tanta locura en la razón, como este  
tu raciocinio muscular, y no hay  
más racional error que tu experiencia.

Pero, hablando más claro  
y pensándolo en oro, eres de acero,  
a condición que no seas  
tonto y rehuses  
entusiasmarte por la muerte tanto  
y por la vida, con tu sola tumba.

Necesario es que sepas  
contener tu volumen sin correr, sin afligirte,  
tu realidad molecular entera  
y más allá, la marcha de tus vivas  
y más acá, tus muertas legendarios.

Eres de acero, como dicen,  
con tal que no tiembles y no vayas  
a reventar, compadre

de mi cálculo, enfático ahijado  
de mis sales luminosas!

Anda, no más; resuelve,  
considera tu crisis, suma, sigue,  
tájala, bájala, ájala;  
el destino, las energías íntimas, los catorce  
versículos del pan: ¡cuántos diplomas  
y poderes, al borde fehaciente de tu arranque!  
¡Cuánto detalle en síntesis, contigo!  
¡Cuánta presión idéntica, a tus pies!  
¡Cuánto rigor y cuánto patrocinio!

Es idiota  
ese método de padecimiento,  
esa luz modulada y virulenta,  
si con sólo la calma haces señales  
serias, características, fatales.

Vamos a ver, hombre;  
cuéntame lo que me pasa,  
que yo, aunque grite, estoy siempre a tus órdenes.

Esto...

Esto

sucedió entre dos párpados; temblé  
en mi vaina, colérico, alcalino,  
parado junto al lúbrico equinoccio,  
al pie del frío incendio en que me acabo.

Resbalón alcalino, voy diciendo,  
más acá de los ajos, sobre el sentido almíbar,  
más adentro, muy más, de las herrumbres,  
al ir el agua y al volver la ola.

Resbalón alcalino

también y grandemente, en el montaje colosal del cielo.

¡Qué venablos y harpones lanzaré, si muero  
en mi vayna; daré en hojas de plátano sagrado  
mis cinco huesecillos subalternos,  
y en la mirada, la mirada misma!  
(Dicen que en los suspiros se edifican  
entonces acordeones óseos, táctiles;  
dicen que cuando mueren así los que se acaban,  
¡ay! mueren fuera del reloj, la mano  
agarrada a un zapato solitario)

Comprendiéndolo y todo, coronel  
y todo, en el sentido llorante de esta voz,  
me hago doler yo mismo, extraigo tristemente,  
por la noche, mis uñas;  
luego no tengo nada y hablo solo,

reviso mis semestres  
y para henchir mi vértebra, me toco.

## Al cavilar en la vida, al cavilar...

Al cavilar en la vida, al cavilar  
despacio en el esfuerzo del torrente,  
alivia, ofrece asiento el existir,  
condena a muerte;  
envuelto en trapos blancos cae,  
cae planetariamente  
el clavo hervido en pesadumbre; cae!  
(Acritud oficial, la de mi izquierda;  
viejo bolsillo, en sí considerada, esta derecha).

¡Todo está alegre, menos mi alegría  
y todo, largo, menos mi candor,  
mi incertidumbre!  
A juzgar por la forma, no obstante, voy de frente,  
cojeando antiguamente,  
y olvido por mis lágrimas mis ojos (Muy interesante)  
y subo hasta mis pies desde mi estrella.

Tejo; de haber hilado, heme tejiendo.  
Busco lo que me sigue y se me esconde entre arzobispos,  
por debajo de mi alma y tras del humo de mi aliento.  
Tal era la sensual desolación  
de la cabra doncella que ascendía,  
exhalando petróleos fatídicos  
ayer domingo en que perdí mi sábado.

Tal es la muerte, con su audaz marido.

## Quisiera hoy ser feliz de buena gana...

Quisiera hoy ser feliz de buena gana,  
ser feliz y portarme frondoso de preguntas,  
abrir por temperamento de par en par mi cuarto, como loco,  
y reclamar, en fin,  
en mi confianza física acostado  
sólo por ver si quieren,  
sólo por ver si quieren probar de mi espontánea posición,  
reclamar, voy diciendo,  
por qué me dan así tanto en el alma.

Pues quisiera en sustancia ser dichoso,  
obrar sin bastón, laica humildad, ni burro negro.  
Así las sensaciones de este mundo,  
los cantos subjuntivos,  
el lápiz que perdí en mi cavidad  
y mis amados órganos de llanto.

Hermano persuasible, camarada,  
padre por la grandeza, hijo mortal,  
amigo y contendor, inmenso documento de Darwin:  
¿a qué hora, pues, vendrán con mi retrato?  
¿A los goces? ¿Acaso sobre goce amortajado?  
¿Más temprano? ¿Quién sabe, a las porfías?

A las misericordias, camarada,  
hombre mío en rechazo y observación, vecino  
en cuyo cuello enorme sube y baja,  
al natural, sin hilo, mi esperanza...

## Los nueve monstruos

I, desgraciadamente,  
el dolor crece en el mundo a cada rato,  
crece a treinta minutos por segundo, paso a paso,  
y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces  
y la condición del martirio, carnívora voraz,  
es el dolor dos veces  
y la función de la yerba purísima, el dolor  
dos veces  
y el bien de ser, dolernos doblemente.

¡Jamás, hombres humanos,  
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,  
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!  
¡Jamás tanto cariño doloroso,  
jamás tan cerca arremetió lo lejos,  
jamás el fuego nunca  
jugó mejor su rol de frío muerto!  
¡Jamás, señor ministro de salud, fue la salud  
más mortal  
y la migraña extrajo tanta frente de la frente!  
Y el mueble tuvo en su cajón, dolor,  
el corazón, en su cajón, dolor,  
la lagartija, en su cajón, dolor.

Crece la desdicha, hermanos hombres,  
más pronto que la máquina, a diez máquinas,  
y crece  
con la res de Rousseau, con nuestras barbas;

crece el mal por razones que ignoramos  
y es una inundación con propios líquidos,  
con propio barro y propia nube sólida!  
Invierte el sufrimiento posiciones, da función  
en que el humor acuoso es vertical  
al pavimento,  
el ojo es visto y esta oreja oída,  
y esta oreja da nueve campanadas a la hora  
del rayo, y nueve carcajadas  
a la hora del trigo, y nueve sones hembras  
a la hora del llanto, y nueve cánticos  
a la hora del hambre y nueve truenos  
y nueve látigos, menos un grito.

El dolor nos agarra, hermanos hombres,  
por detrás, de perfil,  
y nos aloca en los cinemas,  
nos clava en los gramófonos,  
nos desclava en los lechos, cae perpendicularmente  
a nuestros boletos, a nuestras cartas;  
y es muy grave sufrir, puede uno orar...  
Pues de resultas  
del dolor, hay algunos  
que nacen, otros crecen, otros mueren,  
y otros que nacen y no mueren, otros  
que sin haber nacido, mueren, y otros  
que no nacen ni mueren (son los más)  
Y también de resultas  
del sufrimiento, estoy triste  
hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo,



de ver al pan, crucificado, al nabo,  
ensangrentado,  
llorando, a la cebolla,  
al cereal, en general, harina,  
a la sal, hecha polvo, al agua, huyendo,  
al vino, un ecce-homo,  
tan pálida a la nieve, al sol tan ardío!  
¡Cómo, hermanos humanos,  
no decirnos que ya no puedo y  
ya no puedo con tanto cajón,  
tanto minuto, tanta  
lagartija y tanta  
inversión, tanto lejos y tanta sed de sed!  
Señor Ministro de Salud; ¿qué hacer?  
!Ah! desgraciadamente, hombres humanos,  
hay, hermanos, muchísimo que hacer..

Me viene, hay días, una gana ubérrima, política...

Me viene, hay días, una gana ubérrima, política,  
de querer, de besar al cariño en sus dos rostros,  
y me viene de lejos un querer  
demostrativo, otro querer amar, de grado o fuerza,  
al que me odia, al que rasga su papel, al muchachito,  
a la que llora por el que lloraba,  
al rey del vino, al esclavo del agua,  
al que ocultose en su ira,  
al que suda, al que pasa, al que sacude su persona en mi alma.  
Y quiero, por lo tanto, acomodarle  
al que me habla, su trenza; sus cabellos, al soldado;  
su luz, al grande; su grandeza, al chico.  
Quiero planchar directamente  
un pañuelo al que no puede llorar  
y, cuando estoy triste o me duele la dicha,  
remendar a los niños y a los genios.

Quiero ayudar al bueno a ser su poquillo de malo  
y me urge estar sentado a la diestra del zurdo, y responder al mudo,  
tratando de serle útil  
en todo lo que puedo y también quiero muchísimo  
lavarle al cojo el pie,  
y ayudarle a dormir al tuerto próximo.

¡Ah querer, éste, el mío, éste, el mundial,  
interhumano y parroquial, provector!  
Me viene a pelo,  
desde el cimientto, desde la ingle pública,

y, viniendo de lejos, da ganas de besarle  
la bufanda al cantor,  
y al que sufre, besarle en su sartén,  
al sordo, en su rumor craneano, impávido;  
al que me da lo que olvidé en mi seno,  
en su Dante, en su Chaplin, en sus hombros.

Quiero, para terminar,  
cuando estoy al borde célebre de la violencia  
o lleno de pecho el corazón, querría  
ayudar a reír al que sonrío,  
ponerle un pajarillo al malvado en plena nuca,  
cuidar a los enfermos enfadándolos,  
comprarle al vendedor,  
ayudarle a matar al matador cosa terrible  
y quisiera yo ser bueno conmigo  
en todo.

## Sermón sobre la muerte

Y, en fin, pasando luego al dominio de la muerte,  
que actúa en escuadrón, previo corchete,  
párrafo y llave, mano grande y diéresis,  
¿a qué el pupitre asirio? ¿a qué el cristiano púlpito,  
el intenso jalón del mueble vándalo  
o, todavía menos, este esdrújulo retiro?

¿Es para terminar,  
mañana, en prototipo del alarde fálico,  
en diabetes y en blanca bacínica,  
en rostro geométrico, en difunto,  
que se hacen menester sermón y almendras,  
que sobran literalmente patatas  
y este espectro fluvial en que arde el oro  
y en que se quema el precio de la nieve?  
¿Es para eso, que morimos tanto?  
¿Para sólo morir,  
tenemos que morir a cada instante?  
¿Y el párrafo que escribo?  
¿Y el corchete deísta que enarboló?  
¿Y el escuadrón en que falló mi casco?  
¿Y la llave que va a todas las puertas?  
¿Y la forense diéresis, la mano,  
mi patata y mi carne y mi contradicción bajo la sábana?

¡Loco de mí, lobo de mí, cordero  
de mí, sensato, caballísimo de mí!  
¡Pupitre, sí, toda la vida; púlpito,

también, toda la muerte!  
Sermón de la barbarie: estos papeles;  
esdrújulo retiro: este pellejo.

De esta suerte, cogitabundo, aurífero, brazudo,  
defenderé mi presa en dos momentos,  
con la voz y también con la laringe,  
y del olfato físico con que oro  
y del instinto de inmovilidad con que ando,  
me honraré mientras viva hay que decirlo;  
se enorgullecerán mis moscardones,  
porque, al centro, estoy yo, y a la derecha,  
también, y, a la izquierda, de igual modo.

## Considerando en frío, imparcialmente...

Considerando en frío, imparcialmente,  
que el hombre es triste, tose y, sin embargo,  
se complace en su pecho colorado;  
que lo único que hace es componerse  
de días;  
que es lóbrego mamífero y se peina...

Considerando  
que el hombre procede suavemente del trabajo  
y repercute jefe, suena subordinado;  
que el diagrama del tiempo  
es constante diorama en sus medallas  
y, a medio abrir, sus ojos estudiaron,  
desde lejanos tiempos,  
su fórmula famélica de masa...

Comprendiendo sin esfuerzo  
que el hombre se queda, a veces, pensando,  
como queriendo llorar,  
y, sujeto a tenderse como objeto,  
se hace buen carpintero, suda, mata  
y luego canta, almuerza, se abotona...

Considerando también  
que el hombre es en verdad un animal  
y, no obstante, al voltear, me da con su tristeza en la cabeza...

Examinando, en fin,  
sus encontradas piezas, su retrete,  
su desesperación, al terminar su día atroz, borrándolo...

Comprendiendo  
que él sabe que le quiero,  
que le odio con afecto y me es, en suma, indiferente...

Considerando sus documentos generales  
y mirando con lentes aquel certificado  
que prueba que nació muy pequeñito...  
le hago una seña,  
viene,  
y le doy un abrazo, emocionado.  
¡Qué mas da! Emocionado... Emocionado...

## Guitarra

El placer de sufrir, de odiar, me tiñe  
la garganta con plásticos venenos,  
mas la cerda que implanta su orden mágico,  
su grandeza taurina, entre la prima  
y la sexta  
y la octava mendaz, las sufre todas.

El placer de sufrir... ¿Quién? ¿a quién?  
¿quién, las muelas? ¿a quién la soledad,  
los carburos de rabia de la encía?  
¿Cómo ser  
y estar, sin darle cólera al vecino?

Vales más que mi número, hombre solo,  
y valen más que todo el diccionario,  
con su prosa en verso,  
con su verso en prosa,  
tu función águila,  
tu mecanismo tigre, blando prójimo.

El placer de sufrir,  
de esperar esperanzas en la mesa,  
el domingo con todos los idiomas,  
el sábado con horas chinas, belgas,  
la semana, con dos escupitajos.

El placer de esperar en zapatillas,  
de esperar encogido tras de un verso,



de esperar con pujanza y mala poña;  
el placer de sufrir: zurdazo de hembra  
muerta con una piedra en la cintura  
y muerta entre la cuerda y la guitarra,  
llorando días y cantando meses.

## Aniversario

¡Cuánto catorce ha habido en la existencia!  
¡Qué créditos con bruma, en una esquina!  
¡Qué diamante sintético, el del casco!  
¡Cuánta más dulcemente  
a lo largo, más honda superficie!:  
¡cánto catorce ha habido en tan poco uno!

¡Qué deber,  
qué cortar y qué tajo,  
de memoria a memoria, en la pestaña!  
¡Cuanto más amarillo, más granate!  
¡Cuánto catorce en un solo catorce!

Acordeón de la tarde, en esa esquina,  
piano de la mañana, aquella tarde;  
clarín de carne,  
tambor de un solo palo,  
guitarra sin cuarta, ¡cuánta quinta,  
y cuánta reunión de amigos tontos  
y qué nido de tigres el tabaco!  
¡Cuánto catorce ha habido en la existencia!

¡Qué te diré ahora,  
quince feliz, ajeno, quince de otros?  
Nada más que no crece ya el cabello,  
que han venido por las cartas,  
que me brillan los seres que he parido,

que no hay nadie en mi tumba  
y que me han confundido con mi llanto.

¡Cuánto catorce ha habido en la existencia!

## Parado en una piedra

Parado en una piedra  
desocupado,  
astroso,  
espeluznante,  
a la orilla del Sena, va y viene.  
Del río brota entonces la conciencia,  
con pecíolo y rasguño de árbol ávido:  
del río sube y baja la ciudad, hecha de lobos abrazados.

El parado la ve yendo y viniendo,  
monumental, llevando sus ayunos en la cabeza cóncava,  
en el pecho sus piojos purísimos  
y abajo  
su pequeño sonido, el de su pelvis,  
callado entre dos grandes decisiones,  
y abajo,  
más abajo,  
un papelito, un clavo, una cerilla...

¡Este es, trabajadores, aquél  
que en la labor sudaba para afuera,  
que suda hoy para adentro su secreción de sangre rehusada!  
Fundidor del cañón que sabe cuantas zarpas son acero,  
tejedor que conoce los hilos positivos de sus venas,  
albañil de pirámides,  
constructor de descensos por columnas  
serenas, por fracasos triunfales,  
parado individual entre treinta millones de parados,

andante en multitud,  
¡qué salto el retratado en su talón  
y que humo el de su boca ayuna, y como  
su talle incide, canto a canto, en su herramienta atroz, parada,  
y que idea de dolorosa válvula en su pómulo!

También parado el hierro frente al horno,  
paradas las semillas con sus sumisas síntesis al aire,  
parados los petróleos conexos,  
parada en sus auténticos apóstrofes la luz,  
parados de crecer los laureles,  
parada en un pie las aguas móviles  
y hasta la tierra misma, parada de estupor ante este paro,  
¡qué salto el retratado en sus tendones!  
¡Qué transmisión entablan sus cien pasos!  
¡Cómo chilla el motor en su tobillo!  
¡Cómo gruñe el reloj, paseándose impaciente a sus espaldas!  
¡Cómo oye deglutir a los patronos  
el trago que le falta, camaradas,  
y el pan que se equivoca de saliva!  
Y oyéndolo, sintiéndolo, en plural, humanamente,  
¡cómo clava el relámpago  
su fuerza sin cabeza en su cabeza!  
Y lo que hacen, abajo, entonces, ¡ay!  
Más abajo, camaradas,  
el papelucho, el clavo, la cerilla,  
el pequeño sonido, el piojo padre!

Va corriendo, andando, huyendo...

Va corriendo, andando, huyendo de sus pies...

Va con dos nubes en su nube,  
sentado apócrifo, en la mano insertos  
sus tristes paras, sus entonces fúnebres.

Corre de todo, andando  
entre protestas incoloras; huye  
subiendo, huye  
bajando, huye  
a paso de sotana, huye  
alzando al mal en brazos,  
huye  
directamente a sollozar a solas.

Adonde vaya,  
lejos de sus fragosos, cáusticos talones,  
lejos del aire, lejos de su viaje,  
a fin de huir, huir y huir y huir  
de sus pies hombre en dos pies, parado  
de tanto huir habrá sed de correr.

¡Y ni el árbol, si endosa hierro de oro!  
¡Y ni el hierro, si cubre su hojarasca!  
Nada, sino sus pies,  
nada sino su breve calofrío,  
sus paras vivos, sus entonces vivos...

Por último, sin ese buen aroma sucesivo...

Por último, sin ese buen aroma sucesivo,  
sin él,  
sin su cuociente melancólico,  
cierra su manto mi ventaja suave,  
mis condiciones cierran sus cajitas.

¡Ay, cómo la sensación arruga tanto!  
¡ay, cómo una idea fija me ha entrado en una uña!  
Albino, áspero, abierto, con temblorosa hectárea,  
mi deleite cae viernes,  
mas mi triste tristumbre se compone de cólera y tristeza  
y, a su borde arenoso e indoloro,  
la sensación me arruga, me arrincona.

Ladrones de oro, víctimas de plata:  
el oro que robara yo a mis víctimas,  
¡rico de mí olvidándolo!  
la plata que robara a mis ladrones,  
¡pobre de mí olvidándolo!

Execrable sistema, clima en nombre del cielo, del bronquio y la  
quebrada,  
la cantidad enorme de dinero que cuesta el ser pobre...

## Piedra negra sobre una piedra blanca

Me moriré en París con aguacero,  
un día del cual tengo ya el recuerdo.

Me moriré en París y no me corro  
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será, porque hoy, jueves, que proso  
estos versos, los húmeros me he puesto  
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,  
con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban  
todos sin que él les haga nada;  
le daban duro con un palo y duro

también con una soga; son testigos  
los días jueves y los huesos húmeros,  
la soledad, la lluvia, los caminos...



## Poema para ser leído y cantado

Sé que hay una persona  
que me busca en su mano,  
día y noche, encontrándome,  
a cada minuto, en su calzado.  
¿Ignora que la noche está enterrada  
con espuelas detrás de la cocina.

Sé que hay una persona  
compuesta de mis partes,  
a la que integro cuando  
va mi talle cabalgando  
en su exacta piedrecilla.  
¿Ignora que a su cofre  
no volverá moneda que salió  
con su retrato.

Sé el día,  
pero el sol se me ha escapado;  
sé el acto universal  
que hizo en su cama con ajena valor  
y esa agua tibia,  
cuya superficial frecuencia es una mina.  
¿Tan pequeña es, acaso, esa persona,  
que hasta sus propio pies así la pisan?

Un gato es el lindero entre ella y yo,  
al lado mismo de su tasa de agua.  
La veo en las esquinas,

se abre y cierra su veste,  
antes palmera interrogante...  
¿Qué podrá hacer sino  
cambiar de llanto?

Pero me busca y busca.  
¡Es una historia!...

## De disturbio en disturbio...

De disturbio en disturbio  
subes a acompañarme a estar solo;  
yo lo comprendo andando de puntillas,  
con un pan en la mano, un camino en el pie  
y haciendo, negro hasta sacar espuma,  
mi perfil su papel espeluznante.

Ya habías disparado para atrás tu violencia  
neumática, otra época, mas luego  
me sostienes ahora en brazo de honra fúnebre  
y sostienes el rumbo de las cosas en brazo de honra fúnebre,  
la muerte de las cosas resumida en brazo de honra fúnebre.

Pero, realmente y puesto  
que tratamos de la vida,  
cuando el hecho de entonces eche crin en tu mano,  
al seguir tu rumor como regando,  
cuando sufras en suma de kanguro,  
olvídame, sostenme todavía, compañero de cantidad pequeña,  
azotado de fechas con espinas,  
olvídame y sostenme por el pecho,  
jumento que te paras en dos para abrazarme;  
duda de tu excremento unos segundos,  
observa cómo el aire empieza a ser el cielo levantándose,  
hombrecillo,  
hombrezuelo,  
hombre con taco, quiéreme, acompáñame...

Ten presente que un día  
ha de cantar un mirlo de sotana  
sobre mi tonelada ya desnuda.  
(Cantó un mirlo llevando las cintas de mi gramo entre su pico)  
Ha de cantar calzado de este sollozo innato,  
hombre con taco,  
y, simultánea, doloridamente,  
ha de cantar calzado de mi paso,  
y no oírlo, hombruzuelo, será malo,  
será denuesto y hoja,  
pesadumbre, trenza, humo quieto.

Perro parado al borde de una piedra  
es el vuelo en su curva;  
también tenlo presente, hombrón hasta arriba.  
Te lo recordarán el peso bajo, de ribera adversa,  
el peso temporal, de gran silencio,  
más eso de los meses y aquello que regresa de los años.

## Intensidad y altura

Quiero escribir, pero me sale espuma,  
quiero decir muchísimo y me atollo;  
no hay cifra hablada que no sea suma,  
no hay pirámide escrita, sin cogollo.

Quiero escribir, pero me siento puma;  
quiero laurearme, pero me encebollo.  
No hay toz hablada, que no llegue a bruma,  
no hay dios ni hijo de dios, sin desarrollo.

Vámonos, pues, por eso, a comer yerba,  
carne de llanto, fruta de gemido,  
nuestra alma melancólica en conserva.

Vámonos! Vámonos! Estoy herido;  
Vámonos a beber lo ya bebido,  
vámonos, cuervo, a fecundar tu cuerva.

¡De puro calor tengo frío!..

¡De puro calor tengo frío,  
hermana Envidia!  
Lamen mi sombra leones  
y el ratón me muerde el nombre,  
¡madre alma mía!

¡Al borde del fondo voy,  
cuñado Vicio!  
La oruga tañe su voz,  
y la voz tañe su oruga,  
¡padre cuerpo mío!

¡Está de frente mi amor,  
nieta Paloma!  
De rodillas, mi terror  
y de cabeza, mi angustia,  
¡madre alma mía!

Hasta que un día sin dos,  
esposa Tumba,  
mi último hierro dé el son  
de una víbora que duerme,  
¡padre cuerpo mío!...

## Un pilar soportando consuelos...

Un pilar soportando consuelos,  
pilar otro,  
pilar en duplicado, pilaroso  
y como nieto de una puerta oscura.  
Ruido perdido, el uno, oyendo, al borde del cansancio;  
bebiendo, el otro, dos a dos, con asas.

¿Ignoro acaso el año de este día,  
el odio de este amor, las tablas de esta frente?  
¿Ignoro que esta tarde cuesta días?  
¿Ignoro que jamás se dice 'nunca', de rodillas?

Los pilares que vi me están oyendo;  
otros pilares son, doses y nietos tristes de mi pierna.  
¡Lo digo en cobre americano,  
que le debe a la plata tanto fuego!

Consolado en terceras nupcias,  
pálido, nacido,  
voy a cerrar mi pila bautismal, esta vidriera,  
este susto con tetas,  
este dedo en capilla,  
corazónmente unido a mi esqueleto.

## Calor, cansado voy con mi oro, a donde...

Calor, cansado voy con mi oro, a donde  
acaba mi enemigo de quererme.

¡C'est Septembre attiédi, por ti, Febrero!

Es como si me hubieran puesto aretes.

París, y 4, y 5, y la ansiedad  
colgada, en el calor, de mi hecho muerto.

¡C'est Paris, reine du monde!

Es como si se hubieran orinado.

Hojas amargas de mensual tamaño  
y hojas del Luxemburgo polvorosas.  
¡C'est l'été, por ti, invierno de alta pleura!

Es como si se hubieran dado vuelta.

Calor, París, otoño, ¡cuánto estío  
en medio del calor y de la urbe!

¡C'est la vie, mort de la Mort!

Es como si contaran mis pisadas.

¡Es como si me hubieran puesto aretes!

¡Es como si se hubieran orinado!

¡Es como si te hubieras dado vuelta!

¡Es como si contaran mis pisadas!



## Panteón

He visto ayer sonidos generales,  
mortuoriamente,  
puntualmente alejarse,  
cuando oí desprenderse del ocaso  
tristemente,  
exactamente un arco, un arcoíris.

Vi el tiempo generoso del minuto,  
infinitamente  
atado locamente al tiempo grande,  
pues que estaba la hora  
suavemente,  
premiosamente henchida de dos horas.

Dejose comprender, llamar, la tierra  
terrenalmente;  
negose brutalmente, así a mi historia,  
y si vi, que me escuchen, pues, en bloque,  
si toqué esta mecánica, que vean  
lentamente,  
despacio, vorazmente, mis tinieblas.

Y si vi en la lesión de la respuesta,  
claramente,  
la lesión mentalmente de la incógnita,  
si escuché, si pensé en mis ventanillas  
nasales, funerales, temporales,

fraternalmente,  
piadosamente echadme a los filósofos.

Mas no más inflexión precipitada  
en canto llano, y no más  
el hueso colorado, el son del alma  
tristemente  
erguida ecuestremente en mi espinazo,  
ya que, en suma, la vida es  
implacablemente,  
imparcialmente horrible, estoy seguro.

## Quedeme a calentar la tinta en que me ahogo...

Quedeme a calentar la tinta en que me ahogo  
y a escuchar mi caverna alternativa,  
noches de tacto, días de abstracción.

Se estremeció la incógnita en mi amígdala  
y crují de una anual melancolía,  
noches de sol, días de luna, ocasos de París.

Y todavía, hoy mismo, al atardecer,  
digiero sacratísimas constancias,  
noches de madre, días de biznieta  
bicolor, voluptuosa, urgente, linda.

Y aun  
alcanzo, llego hasta mí en avión de dos asientos,  
bajo la mañana doméstica y la bruma  
que emergió eternamente de un instante.

Y todavía,  
aun ahora,  
al cabo del cometa en que he ganado  
mi bacilo feliz y doctoral,  
he aquí que caliente, oyente, tierra, sol y luno,  
incógnito atravieso el cementerio,  
tomo a la izquierda, hiendo  
la yerba con un par de endecasílabos,  
años de tumba, litros de infinito,  
tinta, pluma, ladrillos y perdones.

## Acaba de pasar el que vendrá...

Acaba de pasar el que vendrá  
proscrito, a sentarse en mi triple desarrollo;  
acaba de pasar criminalmente.

Acaba de sentarse más acá,  
a un cuerpo de distancia de mi alma,  
el que vino en un asno a enflaquecerme;  
acaba de sentarse de pie, lívido.

Acaba de darme lo que está acabado,  
el calor del fuego y el pronombre inmenso  
que el animal crió bajo su cola.

Acaba  
de expresarme su duda sobre hipótesis lejanas  
que él aleja, aún más, con la mirada.

Acaba de hacer al bien los honores que le tocan  
en virtud del infame paquidermo,  
por lo soñado en mí y en él matado.

Acaba de ponerme (no hay primera)  
su segunda aflixión en plenos lomos  
y su tercer sudor en plena lágrima.

Acaba de pasar sin haber venido.

## La rueda del hambriento

Por entre mis propios dientes salgo humeando,  
dando voces, pujando,  
bajándome los pantalones...  
Vaca mi estómago, vaca mi yeyuno,  
la miseria me saca por entre mis propios dientes,  
cogido con un palito por el puño de la camisa.

Una piedra en que sentarme  
¿no habrá ahora para mí?  
Aún aquella piedra en que tropieza la mujer que ha dado a luz,  
la madre del cordero, la causa, la raíz,  
¿ésa no habrá ahora para mí?  
¡Siquiera aquella otra,  
que ha pasado agachándose por mi alma!  
Siquiera  
la calcárida o la mala (humilde océano)  
o la que ya no sirve ni para ser tirada contra el hombre  
¿ésa dádmela ahora para mí!

Siquiera la que hallaren atravesada y sola en un insulto,  
¿ésa dádmela ahora para mí!  
Siquiera la torcida y coronada, en que resuena  
solamente una vez el andar de las rectas conciencias,  
o, al menos, esa otra, que arrojada en digna curva,  
va a caer por sí misma,  
en profesión de entraña verdadera,  
¿ésa dádmela ahora para mí!

Un pedazo de pan, ¿tampoco habrá para mí?  
Ya no más he de ser lo que siempre he de ser,  
pero dadme  
una piedra en que sentarme,  
pero dadme,  
por favor, un pedazo de pan en que sentarme,  
pero dadme  
en español  
algo, en fin, de beber, de comer, de vivir, de reposarse  
y después me iré...  
Halló una extraña forma, está muy rota  
y sucia mi camisa  
y ya no tengo nada, esto es horrendo.

## La vida, esta vida...

La vida, esta vida  
me placía, su instrumento, esas palomas...  
Me placía escucharlas gobernarse en lontananza,  
advenir naturales, determinado el número,  
y ejecutar, según sus aflicciones, sus dianas de animales.

Encogido,  
oí desde mis hombros  
su sosegada producción,  
cave los albañales sesgar sus trece huesos,  
dentro viejo tornillo lincharse el plomo.  
Sus paujiles picos,  
pareadas palomitas,  
las póbridas, hojeándose los hígados,  
sobrinas de la nube... Vida! Vida! Esta es la vida!

Zurear su tradición rojo les era,  
rojo moral, palomas vigilantes,  
talvez rojo de herrumbre,  
si caían entonces azulmente.

Su elemental cadena,  
sus viajes de individuales pájaros viajeros,  
echaron humo denso,  
pena física, pórtico influyente.  
Palomas saltando, indelebles  
palomas olorosas,  
manferidas venían, advenían

por azarosas vías digestivas,  
a contarme sus cosas fosforosas,  
pájaros de contar,  
pájaros transitivos y orejones...

No escucharé ya más desde mis hombros  
huesudo, enfermo, en cama,  
ejecutar sus dianas de animales... Me doy cuenta.



## Palmas y guitarra

Ahora, entre nosotros, aquí,  
ven conmigo, trae por la mano a tu cuerpo  
y cenemos juntos y pasemos un instante la vida  
a dos vidas y dando una parte a nuestra muerte.  
Ahora, ven contigo, hazme el favor  
de quejarte en mi nombre y a la luz de la noche tenebrosa  
en que traes a tu alma de la mano  
y huímos en puntillas de nosotros.

Ven a mí, sí, y a ti, sí,  
con paso par, a vemos a los dos con paso impar,  
marcar el paso de la despedida.  
¡Hasta cuando volvamos! ¡Hasta la vuelta!  
¡Hasta cuando leamos, ignorantes!  
¡Hasta cuando volvamos, despedámonos!

¿Qué me importan los fusiles,  
escúchame;  
escúchame, ¿qué impórtenme,  
si la bala circula ya en el rango de mi firma?  
¿Qué te importan a ti las balas,  
si el fusil está humeando ya en tu olor?  
Hoy mismo pesaremos  
en los brazos de un ciego nuestra estrella  
y, una vez que me cantes, lloraremos.  
Hoy mismo, hermosa, con tu paso par  
y tu confianza a que llegó mi alarma,  
saldremos de nosotros, dos a dos.

¡Hasta cuando seamos ciegos!  
¡Hasta  
que lloremos de tanto volver!

Ahora,  
entre nosotros, trae  
por la mano a tu dulce personaje  
y cenemos juntos y pasemos un instante la vida  
a dos vidas y dando una parte a nuestra muerte.  
Ahora, ven contigo, hazme el favor  
de cantar algo  
y de tocar en tu alma, haciendo palmas.  
¡Hasta cuando volvamos! ¡Hasta entonces!  
¡Hasta cuando partamos, despedámonos!

¿Qué me da, que me azoto con la línea...

¿Qué me da, que me azoto con la línea  
y creo que me sigue, al trote, el punto?

¿Qué me da, que me he puesto  
en los hombros un huevo en vez de un manto?

¿Qué me ha dado, que vivo?  
¿Qué me ha dado, que muero?

¿Qué me da, que tengo ojos?  
¿Qué me da, que tengo alma?

¿Qué me da, que se acaba en mí mi prójimo  
y empieza en mi carrillo el rol del viento?

¿Qué me ha dado, que cuento mis dos lágrimas,  
sollozo tierra y cuelgo el horizonte?

¿Qué me ha dado, que lloro de no poder llorar  
y río de lo poco que he reído?

¿Qué me da, que ni vivo ni muero?

## Oye a tu masa...

Oye a tu masa, a tu cometa, escúchalos; no gimas...  
de memoria, gravísimo cetáceo;  
oye a la túnica en que estás dormido,  
oye a tu desnudez, dueña del sueño.

Relátate agarrándote  
de la cola del fuego y a los cuernos  
en que acaba la crin su atroz carrera;  
rómpete, pero en círculos;  
fórmate, pero en columnas combas;  
descríbete atmosférico, ser de humo,  
a paso redoblado de esqueleto.

¿La muerte? ¡Oponle todo su vestido!  
¿La vida? ¡Oponle parte de tu muerte!  
Bestia dichosa, piensa;  
dios desgraciado, quítate la frente.  
Luego, hablaremos.

¡Y si después de tantas palabras...!

¡Y si después de tantas palabras,  
no sobrevive la palabra!  
¡Si después de las alas de los pájaros,  
no sobrevive el pájaro parado!  
¡Más valdría, en verdad,  
que se lo coman todo y acabemos!

¡Haber nacido para vivir de nuestra muerte!  
¡Levantarse del cielo hacia la tierra  
por sus propios desastres  
y espiar el momento de apagar con su sombra su tiniebla!  
¡Más valdría, francamente,  
que se lo coman todo y qué más da...!

¡Y si después de tanta historia, sucumbimos,  
no ya de eternidad,  
sino de esas cosas sencillas, como estar  
en la casa o ponerse a cavilar!  
¡Y si luego encontramos,  
de buenas a primeras, que vivimos,  
a juzgar por la altura de los astros,  
por el peine y las manchas del pañuelo!  
¡Más valdría, en verdad,  
que se lo coman todo, desde luego!

Se dirá que tenemos  
en uno de los ojos mucha pena  
y también en el otro, mucha pena

y en los dos, cuando miran, mucha pena...  
Entonces... ¡Claro!... Entonces... ¡ni palabra! .

París, octubre 1936

De todo esto yo soy el único que parte.  
De este banco me voy, de mis calzones,  
de mi gran situación, de mis acciones,  
de mi número hendido parte a parte,  
de todo esto yo soy el único que parte.

De los Campos Elíseos al dar vuelta  
la extraña callejuela de la luna,  
mi defunción se va, parte de mi cuna,  
y, rodeada de gente, sola, suelta,  
mi semejanza humana dase vuelta  
y despacha sus sombras una a una.

Y me alejo de todo, porque todo  
se queda para hacer la coartada:  
mi zapato, su ojal, también su lodo  
y hasta el dobléz del codo  
de mi propia camisa abotonada.

## Despedida recordando un adiós

Al cabo, al fin, por último,  
tomo, volví y acábome y os gimo, dándoos  
la llave, mi sombrero, esta cartita para todos.  
Al cabo de la llave está el metal en que aprendiéramos  
a desdorar el oro, y está, al fin  
de mi sombrero, este pobre cerebro mal peinado,  
y, último vaso de humo, en su papel dramático,  
yace este sueño práctico del alma.

¡Adiós, hermanos san pedros,  
heráclitos, erasmos, espinosas!  
¡Adiós, tristes obispos bolcheviques!  
¡Adiós, gobernadores en desorden!  
¡Adiós, vino que está en el agua como vino!  
¡Adiós, alcohol que está en la lluvia!

¡Adiós también, me digo a mí mismo,  
adiós, vuelo formal de los milígramos!  
¡También adiós, de modo idéntico,  
frío del frío y frío del calor!  
Al cabo, al fin, por último, la lógica,  
los linderos del fuego,  
la despedida recordando aquel adiós.



## Y no me digan nada...

Y no me digan nada,  
que uno puede matar perfectamente,  
ya que, sudando tinta,  
uno hace cuanto puede, no me digan..

Volveremos, señores, a vernos con manzanas;  
tarde la criatura pasará,  
la expresión de Aristóteles armada  
de grandes corazones de madera,  
la de Heráclito injerta en la de Marx,  
la del suave sonando rudamente...  
Es lo que bien narraba mi garganta:  
uno puede matar perfectamente.

Señores,  
caballeros, volveremos a vernos sin paquetes;  
hasta entonces exijo, exigiré de mi flaqueza  
el acento del día, que,  
según veo, estuvo ya esperándome en mi lecho.  
Y exijo del sombrero la infausta analogía del recuerdo,  
ya que, a veces, asumo con éxito mi inmensidad llorada,  
ya que, a veces, me ahogo en la voz de mi vecino  
y padezco  
contando en maíces los años,  
cepillando mi ropa al son de un muerto  
o sentado borracho en mi ataúd...

En suma, no poseo para expresar mi vida, sino mi muerte...

En suma, no poseo para expresar mi vida, sino mi muerte. Y, después de todo, al cabo de la escalonada naturaleza y del gorrión en bloque, me duermo, mano a mano con mi sombra.

Y, al descender del acto venerable y del otro gemido, me reposo pensando en la marcha impertérrita del tiempo. ¿Por qué la cuerda, entonces, si el aire es tan sencillo? ¿Para qué la cadena, si existe el hierro por sí solo?

César Vallejo, el acento con que amas, el verbo con que escribes, el vientecillo con que oyes, sólo saben de ti por tu garganta.

César Vallejo, póstrate, por eso, con indistinto orgullo, con tálamo de ornamentales áspides y exagonales ecos.

Restitúyete al corpóreo panal, a la beldad; aroma los florecidos corchos, cierra ambas grutas al sañudo antropoide; repara, en fin, tu antipático venado; tente pena.

¡Que no hay cosa más densa que el odio en voz pasiva, ni más mísera ubre que el amor!

¡Que ya no puedo andar, sino en dos harpas!

¡Que ya no me conoces, sino porque te sigo instrumental, prolijamente!

¡Que ya no doy gusanos, sino breves!

¡Que ya te implico tanto, que medio que te afilas!

¡Que ya llevo unas tímidas legumbres y otras bravas!

Pues el afecto que quiébrase de noche en mis bronquios, lo trajeron de día ocultos deanes y, si amanezco pálido, es por mi obra; y, si anochezco rojo, por mi obrero. Ello explica, igualmente, estos cansancios míos y estos despojos, mis famosos tíos. Ello explica, en fin, esta lágrima que brindo por la dicha de los hombres.

¡César Vallejo, parece  
mentira que así tarden tus parientes,  
sabiendo que ando cautivo,  
sabiendo que yaces libre!  
¡Vistosa y perra suerte!  
¡César Vallejo, te odio con ternura!

## Los desgraciados

Ya va a venir el día; da  
cuerda a tu brazo, búscate debajo  
del colchón, vuelve a pararte  
en tu cabeza, para andar derecho.  
Ya va a venir el día, ponte el saco.

Ya va a venir el día; ten  
fuerte en la mano a tu intestino grande, reflexiona  
antes de meditar, pues es horrible  
cuando le cae a uno la desgracia  
y se le cae a uno a fondo el diente.

Necesitas comer, pero, me digo,  
no tengas pena, que no es de pobres  
la pena, el sollozar junto a su tumba;  
remiéndate, recuerda,  
confía en tu hilo blanco, fuma, pasa lista  
a tu cadena y guárdala detrás de tu retrato.  
Ya va a venir el día, ponte el alma.

Ya va a venir el día; pasan,  
han abierto en el hotel un ojo,  
azotándolo, dándole con un espejo tuyo...  
¿Tiemblas? Es el estado remoto de la frente  
y la nación reciente del estómago.  
Roncan aún... ¡Qué universo se lleva este ronquido!  
¡Cómo quedan tus poros, enjuiciándolo!

¡Con cuántos doses ¡ay! estás tan solo!  
Ya va a venir el día, ponte el sueño.

Ya va a venir el día, repito  
por el órgano oral de tu silencio  
y urge tomar la izquierda con el hambre  
y tomar la derecha con la sed; de todos modos,  
abstente de ser pobre con los ricos,  
atiza  
tu frío, porque en él se integra mi calor, amada víctima.  
Ya va a venir el día, ponte el cuerpo.

Ya va a venir el día;  
la mañana, la mar, el meteoro, van  
en pos de tu cansancio, con banderas,  
y, por tu orgullo clásico, las hienas  
cuentan sus pasos al compás del asno,  
la panadera piensa en ti,  
el carnicero piensa en ti, palpando  
el hacha en que están presos  
el acero y el hierro y el metal; jamás olvides  
que durante la misa no hay amigos.  
Ya va a venir el día, ponte el sol.

Ya viene el día; dobla  
el aliento, triplica  
tu bondad rencorosa  
y da codos al miedo, nexo y énfasis,  
pues tú, como se observa en tu entrepierna y siendo  
el malo ¡ay! inmortal,

has soñado esta noche que vivías  
de nada y morías de todo....

## El acento me pende del zapato...

El acento me pende del zapato;  
le oigo perfectamente  
sucumbir, lucir, doblarse en forma de ámbar  
y colgar, colorante, mala sombra.  
Me sobra así el tamaño,  
me ven jueces desde un árbol,  
me ven con sus espaldas ir de frente,  
entrar a mi martillo,  
pararme a ver a una niña  
y, al pie de un urinario, alzar los hombros.

Seguramente nadie está a mi lado,  
me importa poco, no lo necesito;  
seguramente han dicho que me vaya:  
lo siento claramente.

¡Cruelísimo tamaño el de rezar!  
¡Humillación, fulgor, profunda selva!  
Me sobra ya tamaño, bruma elástica,  
rapidez por encima y desde y junto.  
¡Imperturbable! ¡Imperturbable! Suenan  
luego, después, fatídicos teléfonos.  
Es el acento; es él.

## La punta del hombre...

La punta del hombre,  
el ludibrio pequeño de encogerse  
tras de fumar su universal ceniza;  
punta al darse en secretos caracoles,  
punta donde se agarra uno con guantes,  
punta el lunes sujeto por seis frenos,  
punta saliendo de escuchar a su alma.

De otra manera,  
fueran lluvia menuda los soldados  
y ni cuadrada pólvora, al volver de los bravos desatinos,  
y ni letales plátanos; tan sólo  
un poco de patilla en la silueta.  
De otra manera, caminantes suegros,  
cuñados en misión sonora,  
yernos por la vía ingratisima del jebe,  
toda la gracia caballar andando  
puede fulgir esplendorosamente!

¡Oh pensar geométrico al trasluz!  
¡Oh no morir bajamente  
de majestad tan rauda y tan fragante!  
¡Oh no cantar; apenas  
escribir y escribir con un palito  
o con el filo de la oreja inquieta!

Acorde de lápiz, tímpano sordísimo,  
dondoneo en mitades robustas



y comer de memoria buena carne,  
jamón, si falta carne,  
y un pedazo de queso con gusanos hembras,  
gusanos machos y gusanos muertos.

¡Oh botella sin vino! ¡Oh vino...

¡Oh botella sin vino! ¡Oh vino que enviudó de esta botella!  
Tarde cuando la aurora de la tarde  
flameó funestamente en cinco espíritus.  
Viudez sin pan ni mugre, rematando en horrendos metaloides  
y en células orales acabando.

¡Oh siempre, nunca dar con el jamás de tanto siempre!  
¡oh mis buenos amigos, cruel falacia,  
parcial, penetrativa en nuestro trunco,  
volátil, jugarino desconsuelo!

¡Sublime, baja perfección del cerdo,  
palpa mi general melancolía!  
¡Zuela sonante en sueños,  
zuela  
zafia, inferior, vendida, lícita, ladrona,  
baja y palpa lo que eran mis ideas!

Tu y él y ellos y todos,  
sin embargo,  
entraron a la vez en mi camisa,  
en los hombros madera, entre los fémures, palillos;  
tú particularmente,  
habiéndome influido;  
él, fútil, colorado, con dinero  
y ellos, zánganos de ala de otro peso.

¡Oh botella sin vino! ¡oh vino que enviudó de esta botella!

## Al fin, un monte...

Al fin, un monte  
detrás de la bajura; al fin, humeante nimbo  
alrededor, durante un rostro fijo.

Monte en honor del pozo,  
sobre filones de gratuita plata de oro.

Es la franja a que arrástranse.  
seguras de sus tonos de verano,  
las que eran largas válvulas difuntas;  
el taciturno marco de este arranque  
natural, de este agosto zapatazo,  
de esta piel, de este intrínseco destello  
digital, en que estoy entero, lúbrico.

Quehaceres en un pie, mecha de azufre,  
oro de plata y plata hecha de plata  
y mi muerte, mi hondura, mi colina.

¡Pasar  
abrazado a mis brazos,  
destaparme después o antes del corcho!  
Monte que tantas veces manara  
oración, prosa fluvial de llanas lágrimas;  
monte bajo, compuesto de suplicantes gradas  
y, más allá, de torrenciales torres;  
niebla entre el día y el alcohol del día,  
caro verdor de coles, tibios asnos

complementarios, palos y maderas;  
filones de gratuita plata de oro.

## Quiere y no quiere su color mi pecho...

Quiere y no quiere su color mi pecho,  
por cuyas brucas vías voy, lloro con palo,  
trato de ser feliz, lloro en mi mano,  
recuerdo, escribo  
y remacho una lágrima en mi pómulo.

Quiere su rojo el mal, el bien su rojo enrojecido  
por el hacha suspensa,  
por el trote del ala a pie volando,  
y no quiere y sensiblemente  
no quiere a questo el hombre;  
no quiere estar en su alma  
acostado, en la sien latidos de asta,  
el bimano, el muy bruto, el muy filósofo.

Así, casi no soy, me vengo abajo  
desde el arado en que socorro a mi alma  
y casi, en proporción, casi enalézcome.  
Que saber por qué tiene la vida este perrazo,  
por qué lloro, por qué,  
cejón, inhábil, veleidoso, hube nacido  
gritando;  
saberlo, comprenderlo  
al son de un alfabeto competente,  
sería padecer por un ingrato.

¡Y no! ¡No! ¡No! ¡Qué ardid, ni paramento!  
Congoja, sí, con sí firme y frenético,

coriáceo, rapaz, quiere y no quiere, cielo y pájaro;  
congoja, sí, con toda la bragueta.  
Contienda entre dos llantos, robo de una sola ventura,  
vía indolora en que padezco en chanclos  
de la velocidad de andar a ciegas.

## La paz, la avispa, el taco, las vertientes...

La paz, la avispa, el taco, las vertientes,  
el muerto, los decilitros, el búho,  
los lugares, la tiña, los sarcófagos, el vaso, las morenas,  
el desconocimiento, la olla, el monaguillo,  
las gotas, el olvido,  
la potestad, los primos, los arcángeles, la aguja,  
los párrocos, el ébano, el desaire,  
la parte, el tipo, el estupor, el alma...

Dúctil, azafranado, externo, nítido,  
portátil, viejo, trece, ensangrentado,  
fotografiadas, listas, tumefactas,  
conexas, largas, encantadas, pérfidas...  
Ardiendo, comparando,  
viviendo, enfureciéndose,  
golpeando, analizando, oyendo, estremeciéndose,  
muriendo, sosteniéndose, situándose, llorando...

Después, éstos, aquí,  
después, encima,  
quizá, mientras, detrás, tanto, tan nunca,  
debajo, acaso, lejos,  
siempre, aquello, mañana, cuánto,  
cuánto!...

Lo horrible, lo suntuario, lo lentísimo,  
lo agosto, lo infructuoso,  
lo aciago, lo crispante, lo mojado, lo fatal,

lo todo, lo purísimo, lo lóbrego,  
lo acerbo, lo satánico, lo táctil, lo profundo...



## Transido, salomónico, decente...

Transido, salomónico, decente,  
ululaba; compuesto, caviloso, cadavérico, perjuro,  
iba, tornaba, respondía; osaba,  
fatídico, escarlata, irresistible.

En sociedad, en vidrio, en polvo, en hulla,  
marchase; vaciló, en hablando en oro; fulguró,  
volteó, en acatamiento;  
en terciopelo, en llanto, replegose.

¿Recordar? ¿Insistir? ¿Ir? ¿Perdonar?  
Ceñudo, acabaría  
recostado, áspero, atónito, mural;  
meditaba estamparse, confundirse, fenecer.

Inatacablemente, impunemente,  
negramente, husmeará, comprenderá;  
vestirase oralmente;  
inciertamente irá, acobardarase, olvidará.

¿Y bien? ¿Te sana el metaloide pálido?...

¿Y bien? ¿Te sana el metaloide pálido?  
¿Los metaloides incendiarios, cívicos,  
inclinados al río atroz del polvo?

Esclavo, es ya la hora circular  
en que en las dos aurículas se forman  
anillos guturales, corredizos, cuaternarios.

Señor esclavo, en la mañana mágica  
se ve, por fin,  
el busto de tu trémulo ronquido,  
vense tus sufrimientos a caballo,  
pasa el órgano bueno, el de tres asas,  
hojeo, mes por mes, tu monocorde cabellera,  
tu suegra llora  
haciendo huesecillos de sus dedos,  
se inclina tu alma con pasión a verte  
y tu sien, un momento, marca el paso.

Y la gallina pone su infinito, uno por uno;  
sale la tierra hermosa de las humeantes sílabas,  
te retratas de pie junto a tu hermano,  
trueno el color oscuro bajo el lecho  
y corren y entrechócanse los pulpos.

Señor esclavo ¿y bien?  
¿Los metaloides obran en tu angustia?

## Escarnecido, aclimatado al bien, mórbido...

Escarnecido, aclimatado al bien, mórbido, hurente,  
doblo el cabo carnal y juego a copas,  
donde acaban en moscas los destinos,  
donde comí y bebí de lo que me hunde.

Monumental adarme,  
féretro numeral, los de mi deuda,  
los de mi deuda, cuando caigo altamente,  
ruidosamente, amoratadamente.

Al fondo, es hora,  
entonces, de gemir con toda el hacha  
y es entonces el año del sollozo,  
el día del tobillo,  
la noche del costado, el siglo del resuello.  
Cualidades estériles, monótonos satanes,  
del flanco brincan,  
del ijar de mi yegua suplente;  
pero, donde comí, cuánto pensé!  
pero cuánto bebí donde lloré!

Así es la vida, tal  
como es la vida, allá, detrás  
del infinito; así, espontáneamente,  
delante de la sien legislativa.

Yace la cuerda así al pie del violín,  
cuando hablaron del aire, a voces, cuando

hablaron muy despacio del relámpago.  
Se dobla así la mala causa, vamos  
de tres en tres a la unidad; así  
se juega a copas  
y salen a mi encuentro los que aléjanse,  
acaban los destinos en bacterias  
y se debe todo a todos.

Alfonso: estás mirándome, lo veo...

Alfonso: estás mirándome, lo veo...  
desde el plano implacable donde moran  
lineales los siempres, lineales los jamases.  
(Esa noche, dormiste, entre tu sueño  
y mi sueño, en la rue de Ribouté)  
Palpablemente  
tu inolvidable cholo te oye andar  
en París, te siente en el teléfono callar  
y toca en el alambre a tu último acto  
tomar peso, brindar  
por la profundidad, por mí, por ti.

Yo todavía  
compro du vin, du lait, comptant les sous  
bajo mi abrigo, para que no me vea mi alma,  
bajo mí abrigo aquel, querido Alfonso,  
y bajo el rayo simple de la sien compuesta;  
yo todavía sufro, y tú, ya no, jamás, hermano:  
(Me han dicho que en tus siglos de dolor,  
amado ser,  
amado estar,  
hacías ceros de madera. ¿Es cierto?)

En la 'boîte de nuit', donde tocabas tangos,  
tocando tu indignada criatura su corazón,  
escoltado de ti mismo, llorando  
por ti mismo y por tu enorme parecido con tu sombra,  
monsieur Fourgat, el patrón, ha envejecido.

¿Decírselo? ¿Contárselo? No más,  
Alfonso; eso, ya no!

El Hôtel des Ecoles funciona siempre  
y todavía compran mandarinas;  
pero yo sufro, como te digo,  
dulcemente, recordando  
lo que hubimos sufrido ambos, a la muerte de ambos,  
en la apertura de la doble tumba,  
de esa otra tumba con tu ser,  
y de ésta de caoba con tu estar;  
sufro, bebiendo un vaso de ti, Silva,  
un vaso para ponerse bien, como decíamos,  
y después, ya veremos lo que pasa...

Es éste el otro brindis, entre tres,  
taciturno, diverso  
en vino, en mundo, en vidrio, al que brindábamos  
más de una vez al cuerpo,  
y, menos de una vez, al pensamiento.  
Hoy es más diferente todavía;  
hoy sufro dulce, amargamente, bebo tu sangre en cuanto a Cristo el  
duro,  
como tu hueso en cuanto a Cristo el suave,  
porque te quiero, dos a dos, Alfonso,  
y casi lo podría decir, eternamente.

## Traspié entre dos estrellas

¡Hay gentes tan desgraciadas, que ni siquiera  
tienen cuerpo; cuantitativo el pelo,  
baja, en pulgadas, la genial pesadumbre;  
el modo, arriba;  
no me busques, la muela del olvido,  
parecen salir del aire, sumar suspiros mentalmente, oír  
claros azotes en sus paladares!

Vanse de su piel, rascándose el sarcófago en que nacen  
y suben por su muerte de hora en hora  
y caen, a lo largo de su alfabeto gélido, hasta el suelo.

¡Ay de tanto! ¡ay de tan poco! ¡ay de ellas!  
¡Ay en mi cuarto, oyéndolas con lentes!  
¡Ay en mi tórax, cuando compran trajes!  
¡Ay de mi mugre blanca, en su hez mancomunada!

¡Amadas sean las orejas sánchez,  
amadas las personas que se sientan,  
amado el desconocido y su señora,  
el prójimo con mangas, cuello y ojos!

¡Amado sea aquel que tiene chinches,  
el que lleva zapato roto bajo la lluvia,  
el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas,  
el que se coge un dedo en una puerta,  
el que no tiene cumpleaños,  
el que perdió su sombra en un incendio,

el animal, el que parece un loro,  
el que parece un hombre, el pobre rico,  
el puro miserable, el pobre pobre!

¡Amado sea  
el que tiene hambre o sed, pero no tiene  
hambre con qué saciar toda su sed,  
ni sed con qué saciar todas sus hambres!

¡Amado sea el que trabaja al día, al mes, a la hora,  
el que suda de pena o de vergüenza,  
aquel que va, por orden de sus manos, al cinema,  
el que paga con lo que le falta,  
el que duerme de espaldas,  
el que ya no recuerda su niñez; amado sea  
el calvo sin sombrero,  
el justo sin espinas,  
el ladrón sin rosas,  
el que lleva reloj y ha visto a Dios,  
el que tiene un honor y no fallece!

¡Amado sea el niño, que cae y aún llora  
y el hombre que ha caído y ya no llora!

¡Ay de tanto! ¡Ay de tan poco! ¡Ay de ellos!



A lo mejor, soy otro; andando, al alba, otro que  
marcha...

A lo mejor, soy otro; andando, al alba, otro que marcha  
en torno a un disco largo, a un disco elástico:  
mortal, figurativo, audaz diafragma.

A lo mejor, recuerdo al esperar, anoto mármoles  
donde índice escarlata, y donde catre de bronce,  
un zorro ausente, espúreo, enojadísimo.

A lo mejor, hombre al fin,  
las espaldas ungidadas de añil misericordia,  
a lo mejor, me digo, más allá no hay nada.

Me da la mar el disco, refiriéndolo,  
con cierto margen seco, a mi garganta;  
¡nada, en verdad, más ácido, más dulce, más kanteano!  
Pero sudor ajeno, pero suero  
o tempestad de mansedumbre,  
decayendo o subiendo, ¡eso, jamás!

Echado, fino, exhúmome,  
tumefacta la mezcla en que entro a golpes,  
sin piernas, sin adulto barro, ni armas,  
una aguja prendida en el gran átomo...  
¡No! ¡Nunca! ¡Nunca ayer! ¡Nunca después!

Y de ahí este tubérculo satánico,  
esta muela moral de plesiosaurio  
y estas sospechas póstumadas,  
este índice, esta cama, estos boletos.

## El libro de la naturaleza

Profesor de sollozo he dicho a un árbol  
palo de azogue, tilo  
rumoreante, a la orilla del Marne, un buen alumno  
leyendo va en tu naipe, en tu hojarasca,  
entre el agua evidente y el sol falso,  
su tres de copas, su caballo de oros.

Rector de los capítulos del cielo,  
de la mosca ardiente, de la calma manual que hay en los asnos;  
rector de honda ignorancia, un mal alumno  
leyendo va en tu naipe, en tu hojarasca,  
el hambre de razón que le enloquece  
y la sed de demencia que le aloca.

Técnico en gritos, árbol consciente, fuerte,  
fluvial, doble, solar, doble, fanático,  
conocedor de rosas cardinales, totalmente  
metido, hasta hacer sangre, en agujijones, un alumno  
leyendo va en tu naipe, en tu hojarasca,  
su rey precoz, telúrico, volcánico, de espaldas.

¡Oh profesor, de haber tanto ignorado!  
¡oh rector, de temblar tanto en el aire!  
¡oh técnico, de tanto que te inclinas!  
¡Oh tilo! ¡oh palo rumoroso junto al Marne!

## Tengo un miedo terrible de ser un animal...

Tengo un miedo terrible de ser un animal  
de blanca nieve, que sostuvo padre  
y madre, con su sola circulación venosa,  
y que, este día espléndido, solar y arzobispal,  
día que representa así a la noche,  
linealmente  
elude este animal estar contento, respirar  
y transformarse y tener plata.

Sería pena grande  
que fuera yo tan hombre hasta ese punto.  
Un disparate, una premisa ubérrima  
a cuyo yugo ocasional sucumbe  
el gonce espiritual de mi cintura.  
Un disparate... En tanto,  
es así, más acá de la cabeza de Dios,  
en la tabla de Locke, de Bacon, en el lívido pescuezo  
de la bestia, en el hocico del alma.

Y, en lógica aromática,  
tengo ese miedo práctico, este día  
espléndido, lunar, de ser aquél, éste talvez,  
a cuyo olfato huele a muerto el suelo,  
el disparate vivo y el disparate muerto.

¡Oh revolcarse, estar, toser, fajarse,  
fajarse la doctrina, la sien, de un hombro al otro,  
alejarse, llorar, darlo por ocho

o por siete o por seis, por cinco o darlo  
por la vida que tiene tres potencias.

## Marcha nupcial

A la cabeza de mis propios actos,  
corona en mano, batallón de dioses,  
el signo negativo al cuello, atroces  
el fósforo y la prisa, estupefactos  
el alma y el valor, con dos impactos

al pie de la mirada; dando voces;  
los límites, dinámicos, feroces;  
tragándome los lloros inexactos,

me encenderé, se encenderá mi hormiga,  
se encenderán mi llave, la querella  
en que perdí la causa de mi huella.

Luego, haciendo del átomo una espiga,  
encenderé mis hoces al pie de ella  
y la espiga será por fin espiga.

## La cólera que quiebra al hombre en niños...

La cólera que quiebra al hombre en niños,  
que quiebra al niño en pájaros iguales,  
y al pájaro, después, en huevecillos;  
la cólera del pobre  
tiene un aceite contra dos vinagres.

La cólera que al árbol quiebra en hojas,  
a la hoja en botones desiguales  
y al botón, en ranuras telescópicas;  
la cólera del pobre  
tiene dos ríos contra muchos mares.

La cólera que quiebra al bien en dudas,  
a la duda, en tres arcos semejantes  
y al arco, luego, en tumbas imprevistas;  
la cólera del pobre  
tiene un acero contra dos puñales.

La cólera que quiebra al alma en cuerpos,  
al cuerpo en órganos desemejantes  
y al órgano, en octavos pensamientos;  
la cólera del pobre  
tiene un fuego central contra dos cráteres.

## Un hombre pasa con un pan al hombro...

Un hombre pasa con un pan al hombro  
¿Voy a escribir, después, sobre mi doble?

Otro se sienta, ráscase, extrae un piojo de su axila, mávalo  
¿Con qué valor hablar del psicoanálisis?

Otro ha entrado en mi pecho con un palo en la mano  
¿Hablar luego de Sócrates al médico?

Un cojo pasa dando el brazo a un niño  
¿Voy, después, a leer a André Bretón?

Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre  
¿Cabrán aludir jamás al Yo profundo?

Otro busca en el fango huesos, cáscaras  
¿Cómo escribir, después del infinito?

Un albañil cae de un techo, muere y ya no almuerza  
¿Innovar, luego, el tropo, la metáfora?

Un comerciante roba un gramo en el peso a un cliente  
¿Hablar, después, de cuarta dimensión?

Un banquero falsea su balance  
¿Con qué cara llorar en el teatro?

Un paria duerme con el pie a la espalda  
¿Hablar, después, a nadie de Picasso?

Alguien va en un entierro sollozando  
¿Cómo luego ingresar a la Academia?

Alguien limpia un fusil en su cocina  
¿Con qué valor hablar del más allá?

Alguien pasa contando con sus dedos  
¿Cómo hablar del no-yó sin dar un grito?



# Hoy le ha entrado una astilla cerca, dándole...

Hoy le ha entrado una astilla cerca, dándole  
cerca, fuerte, en su modo  
de ser y en su centavo ya famoso.

Le ha dolido la suerte mucho,  
todo;

le ha dolido la puerta,  
le ha dolido la faja, dándole  
sed, aflicción

y sed del vaso pero no del vino.

Hoy le salió a la pobre vecina del aire,  
a escondidas, humareda de su dogma;  
hoy le ha entrado una astilla.

La inmensidad persíguela  
a distancia superficial, a un vasto eslabonazo.

Hoy le salió a la pobre vecina del viento,  
en la mejilla, norte, y en la mejilla, oriente;  
hoy le ha entrado una astilla.

¿Quién comparará, en los días perecederos, ásperos,  
un pedacito de café con leche,

y quién, sin ella, bajará a su rastro hasta dar luz?

¿Quién será, luego, sábado, a las siete?

¡Tristes son las astillas que le entran  
a uno,

exactamente ahí precisamente!

Hoy le entró a la pobre vecina de viaje,

una llama apagada en el oráculo;  
hoy le ha entrado una astilla.

Le ha dolido el dolor, el dolor joven,  
el dolor niño, el dolorazo, dándole  
en las manos  
y dándole sed, aflicción  
y sed del vaso, pero no del vino.  
¡La pobre pobrecita!

## El alma que sufrió de ser su cuerpo

Tú sufres de una glándula endocrínica, se ve,  
o, quizá,  
sufres de mí, de mi sagacidad escueta, tácita.  
Tú padeces del diáfano antroipoide, allá, cerca,  
donde está la tiniebla tenebrosa.  
Tú das vuelta al sol, agarrándote el alma,  
extendiendo tus juanes corporales  
y ajustándote el cuello; eso se ve.  
Tú sabes lo que te duele,  
lo que te salta al anca,  
lo que baja por ti con soga al suelo.  
Tú, pobre hombre, vives; no lo niegues,  
si mueres; no lo niegues,  
si mueres de tu edad ¡ay! y de tu época.  
Y, aunque llores, bebes,  
y, aunque sangres, alimentas a tu híbrido colmillo,  
a tu vela tristonaa y a tus partes.  
Tú sufres, tú padeces y tú vuelves a sufrir horriblemente,  
desgraciado mono,  
jovencito de Darwin,  
alguacil que me atisbas, atrocísimo microbio.

Y tú lo sabes a tal punto,  
que lo ignoras, soltándote a llorar.  
Tú, luego, has nacido; eso  
también se ve de lejos, infeliz y cállate,  
y soportas la calle que te dio la suerte  
y a tu ombligo interrogas: ¿dónde? ¿cómo?

Amigo mío, estás completamente,  
hasta el pelo, en el año treinta y ocho,  
nicolás o santiago, tal o cual,  
estés contigo o con tu aborto o conmigo  
y cautivo en tu enorme libertad,  
arrastrado por tu hércules autónomo...  
Pero si tú calculas en tus dedos hasta dos,  
es peor; no lo niegues, hermanito.

¿Que nó? ¿Que sí, pero que nó?  
¡Pobre mono!... ¡Dame la pata!... No. La mano, he dicho.  
¡Salud! ¡Y sufre!

¡Ande desnudo, el pelo, el millonario!...

¡Ande desnudo, el pelo, el millonario!

¡Desgracia al que edifica con tesoros su lecho de muerte!

¡Un mundo al que saluda;

un sillón al que siembra en el cielo;

llanto al que da término a lo que hace, guardando los comienzos;

ande el de las espuelas;

poco dure muralla en que no crezca otra muralla;

dese al mísero toda su miseria,

pan, al que ríe;

hagan perder los triunfos y morir los médicos;

haya leche en la sangre;

añádase una vela al sol,

ochocientos al veinte;

pase la eternidad bajo los puentes!

¡Desdén al que viste,

corónense los pies de manos, quepan en su tamaño;

siéntese mi persona junto a mí!

¡Llorar al haber cabido en aquel vientre,

bendición al que mira aire en el aire,

muchos años de clavo al martillazo;

desnúdese el desnudo,

vístase de pantalón la capa,

fulja el cobre a expensas de sus láminas,

majestad al que cae de la arcilla al universo,

lloren las bocas, gimán las miradas,

impídase al acero perdurar,

hilo a los horizontes portátiles,

doce ciudades al sendero de piedra,

una esfera al que juega con su sombra;  
un día hecho de una hora, a los esposos;  
una madre al arado en loor al suelo,  
séllense con dos sellos a los líquidos,  
pase lista el bocado,  
sean los descendientes,  
sea la codorniz,  
sea la carrera del álamo y del árbol;  
venzan, al contrario del círculo, el mar a su hijo  
y a la cana el lloro;  
dejad los áspides, señores hombres,  
surcad la llama con los siete leños,  
vivid,  
elévese la altura,  
baje el hondor más hondo,  
conduzca la onda su impulsión andando,  
tenga éxito la tregua de la bóveda!  
¡Muramos;  
lavad vuestro esqueleto cada día;  
no me hagáis caso,  
una ave coja al déspota y a su alma;  
una mancha espantosa, al que va solo;  
gorriones al astrónomo, al gorrión, al aviador!  
¡Lloved, solead,  
vigilad a Júpiter, al ladrón de ídolos de oro,  
copiad vuestra letra en tres cuadernos,  
aprended de los cónyuges cuando hablan, y  
de los solitarios, cuando callan;  
dad de comer a los novios,  
dad de beber al diablo en vuestras manos,

luchad por la justicia con la nuca,  
igualaos,  
cúmplase el roble,  
cúmplase el leopardo entre dos robles,  
seamos,  
estemos,  
sentid cómo navega el agua en los océanos,  
alimentaos,  
concíbase el error, puesto que lloro,  
acéptese, en tanto suban por el risco, las cabras y sus crías;  
desacostumbrad a Dios a ser un hombre,  
creced...!  
Me llaman. Vuelvo.

## Viniere el malo, con un trono al hombro...

Viniere el malo, con un trono al hombro,  
y el bueno, a acompañar al malo a andar,  
dijeren sí el sermón, no la plegaria  
y cortare el camino en dos la roca...

Comenzare por monte la montaña,  
por remo el tallo, por timón el cedro  
y esperaren doscientos a sesenta  
y volviere la carne a sus tres títulos...

Sobrare nieve en la noción del fuego,  
se acostare el cadáver a mirarnos,  
la centella a ser trueno corpulento  
y se arquearen los saurios a ser aves...

Faltare excavación junto al estiércol,  
nafragio al río para resbalar,  
cárcel al hombre libre, para serlo,  
y una atmósfera al cielo, y hierro al oro...

Mostraren disciplina, olor, las fieras,  
se pintare el enojo de soldado,  
me dolieren el junco que aprendí,  
la mentira que inféctame y socórreme...

Sucediere ello así y así poniéndolo,  
¿con qué mano despertar?  
¿con qué pie morir?



¿con qué ser pobre?  
¿con qué voz callar?  
¿con cuánto comprender, y, luego, a quién?

No olvidar ni recordar  
que por mucho cerrarla, robáronse la puerta  
y de sufrir tan poco estoy muy resentido,  
y de tanto pensar, no tengo boca

## Al revés de las aves del monte...

Al revés de las aves del monte,  
que viven del valle,  
aquí, una tarde,  
aquí, presa, metaloso, terminante,  
vino el Sincero con sus nietos pérfidos,  
y nosotros quedámonos, que no hay  
más madera en la cruz de la derecha,  
ni más hierro en el clavo de la izquierda,  
que un apretón de manos entre zurdos.

Vino el Sincero, ciego, con sus lámparas.  
Se vio al Pálido, aquí, bastar  
al Encarnado;  
nació de puro humilde el Grande;  
la guerra,  
esta tórtola mía, nunca nuestra,  
diseñose, borrose, ovó, matáronla.

Llevóse el Ebrio al labio un roble, porque  
amaba, y una astilla  
de roble, porque odiaba;  
trenzáronse las trenzas de los potros  
y la crin de las potencias;  
cantaron los obreros; fui dichoso.  
El Pálido abrazóse al Encarnado  
y el Ebrio, saludónos, escondiéndose.  
Como era aquí y al terminar el día,  
¡qué más tiempo que aquella plazoleta!

¡qué año mejor que esa gente!  
¡qué momento más fuerte que ese siglo!

Pues de lo que hablo no es  
sino de lo que pasa en esta época, y  
de lo que ocurre en China y en España, y en el mundo.  
(Walt Whitman tenía un pecho suavísimo y respiraba y nadie sabe lo  
que él hacía cuando lloraba en su comedor)

Pero, volviendo a lo nuestro,  
y al verso que decía, fuera entonces  
que vi que el hombre es malnacido,  
mal vivo, mal muerto, mal moribundo,  
y, naturalmente,  
el tartufo sincero desespérase,  
el pálido (es el pálido de siempre)  
será pálido por algo,  
y el ebrio, entre la sangre humana y la leche animal,  
abátese, da, y opta por marcharse.

Todo esto  
agítase, ahora mismo,  
en mi vientre de macho extrañamente.

¡Dulzura por dulzura corazona!

¡Dulzura por dulzura corazona!

¡Dulzura a gajos, eras de vista,

esos abiertos días, cuando monté por árboles caídos!

Así por tu paloma palomita,

por tu oración pasiva,

andando entre tu sombra y el gran tesón corpóreo de tu sombra.

Debajo de ti y yo,

tú y yo, sinceramente,

tu candado ahogándose de llaves,

yo ascendiendo y sudando

y haciendo lo infinito entre tus muslos.

(El hotelero es una bestia,

sus dientes, admirables; yo controlo

el orden pálido de mi alma:

señor, allá distante... paso paso... adiós, señor...)

Mucho pienso en todo esto conmovido, perduroso

y pongo tu paloma a la altura de tu vuelo

y, cojeando de dicha, a veces,

repósome a la sombra de ese árbol arrastrado.

Costilla de mi cosa,

dulzura que tú tapas sonriendo con tu mano;

tu traje negro que se habrá acabado,

amada, amada en masa,

¡qué unido a tu rodilla enferma!

Simple ahora te veo, te comprendo avergonzado  
en Letonia, Alemania, Rusia, Bélgica, tu ausente,  
tu portátil ausente,  
hombre convulso de la mujer temblando entre sus vínculos.

¡Amada en la figura de tu cola irreparable,  
amada que yo amara con fósforos floridos,  
quand on a la vie et la jeunesse,  
c'est déjà tellement!

Cuando ya no haya espacio  
entre tu grandeza y mi postrer proyecto,  
amada,  
volveré a tu media, has de besarme,  
bajando por tu media repetida,  
tu portátil ausente, dile así...

## Ello es que el lugar donde me pongo...

Ello es que el lugar donde me pongo  
el pantalón, es una casa donde  
me quito la camisa en alta voz  
y donde tengo un suelo, un alma, un mapa de mi España.  
Ahora mismo hablaba  
de mí conmigo, y ponía  
sobre un pequeño libro un pan tremendo  
y he, luego, hecho el traslado, he trasladado,  
queriendo canturrear un poco, el lado  
derecho de la vida al lado izquierdo;  
más tarde, me he lavado todo, el vientre,  
briosa, dignamente;  
he dado vuelta a ver lo que se ensucia,  
he raspado lo que me lleva tan cerca  
y he ordenado bien el mapa que  
cabeceaba o lloraba, no lo sé.

Mi casa, por desgracia, es una casa,  
un suelo por ventura, donde vive  
con su inscripción mi cucharita amada,  
mi querido esqueleto ya sin letras,  
la navaja, un cigarro permanente.  
De veras, cuando pienso  
en lo que es la vida,  
no puedo evitar de decírselo a Georgette,  
a fin de comer algo agradable y salir,  
por la tarde, comprar un buen periódico,  
guardar un día para cuando no haya,

una noche también, para cuando haya  
(así se dice en el Perú me excuso);  
del mismo modo, sufro con gran cuidado,  
a fin de no gritar o de llorar, ya que los ojos  
poseen, independientemente de uno, sus pobreza,  
quiero decir, su oficio, algo  
que resbala del alma y cae al alma.

Habiendo atravesado  
quince años; después, quince, y, antes, quince,  
uno se siente, en realidad, tontillo,  
es natural, por lo demás ¡qué hacer!  
¿Y qué dejar de hacer, que es lo peor?  
Sino vivir, sino llegar  
a ser lo que es uno entre millones  
de panes, entre miles de vinos, entre cientos de bocas,  
entre el sol y su rayo que es de luna  
y entre la misa, el pan, el vino y mi alma.

Hoy es domingo y, por eso,  
me viene a la cabeza la idea, al pecho el llanto  
y a la garganta, así como un gran bulto.  
Hoy es domingo, y esto  
tiene muchos siglos; de otra manera,  
sería, quizá, lunes, y vendríame al corazón la idea,  
al seso, el llanto  
y a la garganta, una gana espantosa de ahogar  
lo que ahora siento,  
como un hombre que soy y que he sufrido.

Esta edición para internet de  
*Poemas humanos*, de César Vallejo,  
se terminó en la Ciudad de México  
en noviembre de 2009.

En su composición se utilizaron tipos  
de la familia Optima.